

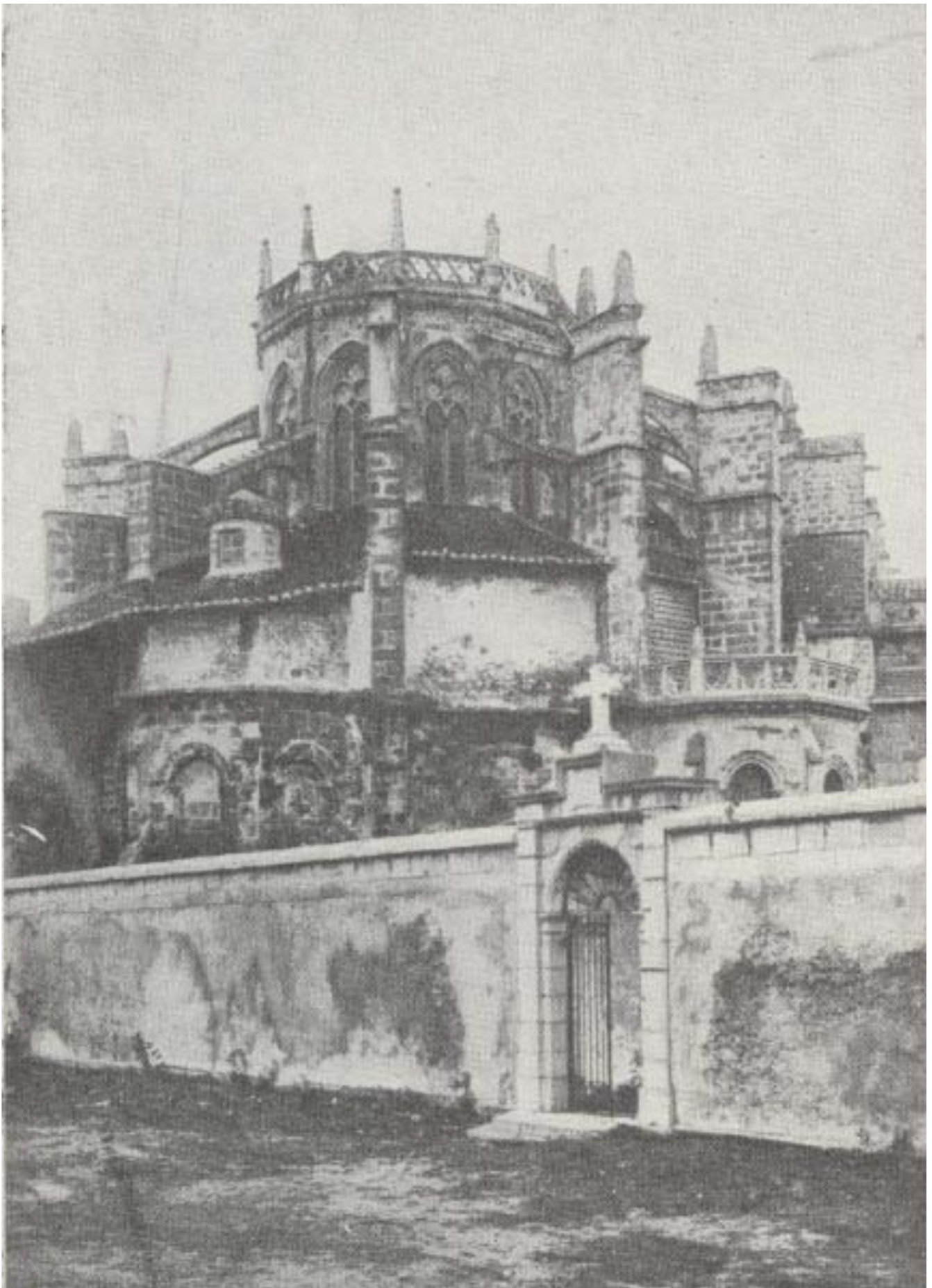
# CASTRO URDIALES Y SU ENTORNO EN LA OBRA DE JUAN GARCÍA (AMÓS DE ESCALANTE Y PRIETO)



**AÑO 1871**

Amós de Escalante y Prieto nació en Santander el 31 de marzo de 1831. Cursó el bachillerato en las aulas del Instituto Cántabro. Amigo y vecino de los hermanos Menéndez Pelayo, durante su juventud pasó largas temporadas en Madrid donde estudió Ciencias Físicas y Naturales, especialidad en la que se doctoró, recorriendo varios puntos de España e Italia. En Madrid residiría hasta que se casó en 1880. Como muchos autores de su tiempo comenzó publicando en la prensa santanderina y madrileña. Sus primeros libros "Del Manzanares al Darro" (1863) y "Del Ebro al Tíber" (1864), que firmaría con su seudónimo "Juan García", pueden clasificarse como libros de viajes, igual que "Costas y Montañas" (1871), subtítulo "Libro de un caminante" referido a Cantabria que José María de Cossío definió como "miscelánea de paisajes, recuerdos, tradiciones, historias verdaderas y hasta aspectos sociales contemporáneos, caudalosisima, hasta el extremo de que, como libro de datos, no tenemos otro más puntual y que abarque más partes de nuestra región". En 1873 se introduce en la narrativa con su obra "En la playa", colección de cinco narraciones impregnadas de idealismo conmovedor, y en 1877 publicó su extensa novela "Ave María Stella. Historia montañesa del siglo XVII", la más ambiciosa de las que escribió y surgida de sus preferencias por la estética del romanticismo y la moda de las novelas históricas. Completan su producción narrativa algunos relatos aparecidos en "La Ilustración Española y Americana", como "El Veredero" (1873) o "Doctoral y penitenciario" (1875). Ya en edad madura, Amós, gran aficionado a la lectura y a la poesía de Byron, Lamartine, Shakespeare o Leopardi, coleccionó en edición privada su intensa labor lírica esparcida en diarios y revistas con el título de "Poesías. Marinas. Flores. En la Montaña" (1890) que sería reeditada póstumamente en 1907 con un estudio crítico de Marcelino Menéndez Pelayo que descubriría del poeta que "La religión y la vida doméstica le habían enseñado el precio de las virtudes sencillas. El trato familiar y cariñoso con la Naturaleza le había mantenido robusto y sano de cuerpo como de alma; aventajado en todo género de ejercicios físicos; nadador de los más intrépidos de la costa; andador incansable, a quien eran tan familiares nuestras montañas y nuestros valles, como los del Alto Italia mucho antes de que se hubiese inventado el alpinismo". En 1956 la Biblioteca de Autores Españoles reunió en dos tomos las "Obras escogidas de don Amós de Escalante". José María de Cossío le consideró como uno de los fundadores de lo que llama "escuela lírica montañesa", junto con Laverde y Silió. Murió en Santander en 1902.

[www.escriitorescantabros.com](http://www.escriitorescantabros.com)



**La tertulia de la granja**  
**Tertulia literaria en el café La Granja de Bilbao**  
**(Biblioteca)**

**Castro-Urdiales****- I -****La villa.-La playa**

Armas, escudo y señal,  
castillo, puente y Santa Ana,  
nave, ballena y mar llana,  
son de Castro la leal.

Por tan concisa manera, en cuatro versos puestos cabe un escudo en los estrados de su casa municipal, describe la villa su blasón, pinta su retrato, y apunta varios indicios de su historia. Padeció guerras, erigió altares, armó galeras, adiestró arponeros; fué militar, devota, marinera, comerciante, y a los ojos de quien, llegándose por mar, descubre aquel extraño arco tendido entre dos perlas coronadas de adarves la una, de pórticos la otra, el heráldico bosquejo conserva su parecido. Pusiéronla sus fundadores sobre las rocas peladas que bate el mar: ¿era espía del agua, centinela de la tierra, fortaleza, puerto, amenaza o refugio?

En su cóncavo seno ofrecía amparo a las naves la naturaleza contra las iras de la naturaleza misma; para ampararlas del hombre, hubo el hombre de fundar murallas. Castro las tiene desde muy antiguo, y al ser ahora derribadas, ofrecen testimonios del segundo siglo de la Era Cristiana en monedas de Marco Aurelio Antonino y su mujer Annia Faustina, halladas entre la argamasa de sus paredes.

Tomó la fortaleza nombre de la población que habla de defender, situada en paraje más bajo y accesible, abierto al enemigo aventurero, a quien no podía detener de cerca con la robustez, ni amedrentar de lejos con la traza soberbia de torres y baluartes.

Tres edades humanas están allí representadas en el cantil de la costa, dentro de una distancia de media legua: Urdiales, la aldea primera, agrícola y pescadora, alimentada por la mar y el campo, tranquila, pobre y estacionaria; Castro, la villa, la sociedad armada, armada por necesidad para defender lo adquirido, nutriendo su fuerza de la más pura sustancia de la aldea, y por la posesión de la fuerza conducida al abuso de ella, a su castigo, el recelo constante de los más fuertes, y el constante desvío de los más débiles; y en fin, la playa, la empresa de ayer, la industria nueva, que por encanto establece, mejora, modifica y crea; que a su vez mina la fortaleza, echa por tierra sus muros, y llama a sí y absorbe y emplea en provecho propio los elementos vitales que a duras penas existían dentro del angosto recinto de piedra.

La letra de sus armas es, sin embargo, a pesar de sus creces y mudanzas, la más excelente pintura que de su romántica fisonomía tendrá nunca la vieja Flaviobriga.

Tal la recordaba mi memoria, vista una y otra vez desde la cubierta de un buque en juveniles días; ahora, llegando por tierra, y con ánimo de hacer posada en su recinto, ofrecíame Castro nueva fisonomía, en nada parecida a mi recuerdo: una torre gótica sin chapitel levantada al borde del agua; espeso caserío apretado como un enjambre en torno de ella, y la ancha cinta de una carretera que le añuda y corre a una y otra parte siguiendo hacia oriente y ocaso los quebrados contornos de la costa.

El fondo, sin embargo, del paisaje no variaba: mar y cielo eran los mismos; azules, profundos; iguales colores tenía la tierra, verdes claros o sombríos, manchados a trechos por las cenicientas peñas de la costa; iguales rumores volaban por el aire, el ronco y vago gemido de la rompiente, el son lejano del viento en las alturas, y sus trémulos susurros entre las hojas, con que remedaba su inquieto y agudo silbar entre la jarcia.

Nunca parecen monótonos los horizontes de la tierra nativa; nunca fatigan la mirada; sondéalos instintivamente el alma, y siempre halla en ellos algo que responde a su sentimiento actual, y según la índole de éste, le halaga, le templa o le gobierna; para ella su luz no palidece ni se enturbia, sus términos se mudan con variedad infinita dentro del perfil que los dibuja, y blandamente arrastrada por el deleite contemplativo, olvidase a veces de la vida que los poblara, como paisajista en cuyos lienzos no aparece, o aparece con significación escasa, la figura humana.

En cambio, al llegarse adondequiera que permanecen vestigios de poblado, como al trabar diálogo con una persona por su nombre sólo de antemano conocida, despiértase en el espíritu deseo ardiente de penetrar su vida entera, y este objeto único absorbe y ocupa las facultades todas del entendimiento.

Guerreras son las memorias más cercanas a nosotros que resucita Castro: sitiada, rendida y abrasada fué una de las heridas hechas a la patria española por el hierro y la tea franceses, y durante la dolorosa guerra de siete años, como uno de tantos escollos de su marina, oía rodar alrededor suyo el fragor de las olas humanas que se chocaban enemigas, tocada muchas veces, por los tiros del combate, sin ser poderosa a hacerle cesar, o desembarazarse de los tenaces guerrilleros que infestaban sus cercanías.

Todavía conserva, como soldado viejo, reliquias del antiguo uniforme: mas ya desceñido su cingulo militar, de recelosa y ceñuda plaza de guerra, hase tornado hospitalaria mansión abierta y franca a todo pasajero.

Iba declinando el sol cuando yo llegaba a hacer prueba personal de ello.

Sobre un ribazo a orillas de la carretera, ofrécese al viajero la Quinta del Carmen; blanca, luciente, de par en par abiertas sus verjas de hierro, síguense los curvos senderos enarenados de su jardín, súbese la escalinata del alto peristilo, y a pocas palabras cambiadas con un veterano comedido y seco que a

leguas acusa marcial procedencia, se encuentra el peregrino en un cuartito de limpio y modesto adorno, donde suelta su mochila, y se apresta a descansar en consoladora compañía, abriendo sus ventanas a la fresca brisa del Nordeste, que llama en ellas sacudiendo los cristales.

No hay sol canicular cuyo fuego no templen esas ráfagas consoladoras que orean la frente, arrullan el oído, y parece que convidan al espíritu a seguir las en su fantástico vuelo, como siguen los ojos el de una mariposa, a examinar la región que habitan, donde tornan los aromas y el rocío en que bañan y perfuman sus alas.

Cede el viajero al cariñoso impulso, y desde los balcones de su albergue descubre vasto paisaje marino. Se abre la costa en seno anchuroso, cuyo centro ocupan la villa y su playa; corren al nordeste las quebrantadas tierras vizcaínas; en su oscura mole clarean la entrada de la ría de Somorrostro, las casas de Algorta que cuelgan esparcidas en la pendiente, o se agrupan al pie del orgulloso faro de la Galea, y el arenal de Plencia somero del agua, dilatándose el promontorio hasta morir en cabo Villano, cuyo espolón de piedra caído al mar, asoma aislado encima de las olas. Hacia el ocaso, se escalonan escuetos peñascos hasta los montes de Laredo y de Santoña, perdidos a tales horas en la bruma de oro derramada en la atmósfera por la luz poniente del estío, y enfrente duerme tendida la inmensidad del Océano, cuyo horizonte azul se confunde con el azul purísimo del cielo.

De esta contemplación distraen voces humanas. Los huéspedes se cruzan en las cercanías de la quinta, y sus diálogos y su pintoresco arreo recuerdan que la actual excelencia de la villa está en las olas que mojan sus términos.

Está la playa de baños en una entrada que hace la costa al saliente de la villa, gráficamente nombrada Brazo-mar, donde desagua un arroyo del mismo apellido, que baja del valle de Sámano. Es un arenal estrecho, que limitan erizadas rocas, y donde vienen a morir blanda y acompasadamente las olas rechazadas por la punta llamada de Cotolino, que se levanta en la opuesta margen.

Todo allí es miniatura, fuera de la mar y el monte; todo menudo, todo reducido, pero todo proporcionado y armonioso a la villa corresponde la playa, a la playa las casetas, a las casetas la concurrencia que las usa y llena.

Las diversas escalas del universo femenino veíanse representadas en los diversos grupos, cuyas breves faldas, rojas y azules, blancas y negras, esmaltaban con crudos toques la descolorida arena. Largos rizos que despeinaba el viento, pupilas encendidas en el sol meridional, damas de blasón y linaje, y aventureras sin otras armas que las de su hermosura, con éxito lastimoso esgrimidas, en provecho del diablo. Las playas, grandes o chicas, afamadas o modestas, son tablas en que aparecen a declamar su parte de la comedia humana iguales tipos, idénticos caracteres: una es la luz que los ilumina, uno el salino ambiente que las orean, uno el son que acompaña al drama; en todas se repiten decoración y numen, en todas escenas y papeles.

Salvos el número, el rostro, el habla y el vestido, las bañistas en Castro eran las que el viajero encuentra en el Lido de Venecia, y en el Biarritz de Gascuña, en la Caleta gaditana y en el Sardinero santanderino, en Brighton y en Ostende. Allí estaba la que con el cabo de su quitasol canaliza la arena, y entre rectas y rasgos dibuja disimuladamente una cifra o una fecha, tan pronto borrada como concluida; la que vaga solitaria y grave con un libro entre las manos, más hojeado que leído; la olvidada de sí misma en la contemplación sublime del paisaje; la olvidada de paisaje y universo por un primor o un vicio de su traje o su peinado; la que marisca, saltando entre peñas y médanos, exponiendo el sin rival calzado al filo de las rocas, a la humedad de la resaca, y a la contemplación y comento de émulas y apasionados; la que se embebece y suspira contemplando el vespertino centellear de Sirio, siendo a su vez estrella en que se miran otros ojos apartados y temerosos.

Cruzábanse en el arenal o en las gradas del pabellón los que del agua salían con los que bajaban al agua, cambiando saludos y las acostumbradas frases:

-¿Está buena?

-Deliciosa.

-¡Por largo lo ha tomado usted hoy!

-Da pena dejarlo.

Quien oyese este diálogo sin noción de la escena, un ciego por ejemplo, ignorante del lugar donde se hallaba, no adivinaría fácilmente que el objeto de tan tiernas palabras es el agua del mar.

Llegóse a la orilla un hombre de poblada barba y recio busto, y entrándose por medio de los que sentados o en cuclillas estaban a mojo ácidos a una maroma, o a las manos callosas del marinero que los asistía, se arrojó sobre la espuma de una ola con el aire resuelto y tranquilo de los avezados a tales ejercicios. Sumergióse luego para salvar la rompiente, y salvada, nadó mar adentro con brazo vigoroso, levantándose sobre los anchos lomos de las olas que se sucedían. Único nadador en aquella hora, rompía la monotonía de la escena, y, naturalmente, se llevaba la atención de cuantos en la ribera estaban; y él de lleno entregado al placer del varonil ejercicio olvidado de la tierra, ocupado únicamente del agua que le sostenía, del cielo que le cobijaba, embebecido en las caricias y arrullos de las brisas que orcaban su frente, de la espuma que serpeaba trémula sobre sus hombros, en torno de su robusto cuello, trepaba a la cresta de las olas, o se tendía inmóvil encima de ellas, o giraba moviendo anchos remolinos; o sacando con brío el brazo y alargándole delante de sí, hería con la palma abierta y tendida las aguas, y el ruido seco del azote venía hasta la orilla, alternando con el gemido de las aguas, como alternan, durante la pelea, con el fragor de las armas, las calientes injurias que inspira el enojo y el ay involuntario que arrancan las heridas.

Produce toda lucha cierta embriaguez, más ciega, más ardiente en el inferior cuando son desiguales los combatientes; embriaguez no de miedo al dolor, de miedo de ser vencido, embriaguez que se experimenta, aun cuando no sea

mortal el empeño, en toda porfía, en los juegos más corteses de armas y de fuerza, y que sin duda llega a su extremo de energía cuando contienden de una parte el hombre, su espíritu y su denuedo, y de la otra una fiera de poder desmesurado, de instintos misteriosos, en cuya mansedumbre no cabe confianza, cuya cólera no puede preverse y cuyo solo amago basta a destruir, exterminar y hacer desaparecer al hombre en un soplo, en una chispa, en un átomo indivisible de tiempo.

Súbitamente oyóse retumbar una bocina, causando precipitado movimiento entre los familiares y servidores de las casetas. Dos marineros de edad proveya, descalzos, con sendas anclas bordadas en los anchos y desmayados cuellos de sus camisas azules, parecieron en la playa; dando grandes voces poco inteligibles, movían sus brazos a manera de aspas telegráficas. Eran los salvavidas, hombres diputados por el municipio para vigilar imprudencias y prevenir desgracias. ¿Amagaba alguna? ¿A quién? No seguramente al nadador, que absorto en la inefable melancolía de la tarde, más y más embebecido en su ejercicio, bogaba ya blanda y sosegadamente hacia tierra. Mas apenas afirmaba el pie en la arena entró a él uno de los salvavidas, señalado en el rostro con la misma falta que hicieron famosa Filipo de Macedonia, Aníbal de Cartago y Sertorio de España, y le denostó de temerario. Con igual calma que había recibido los rociones del mar, recibió el bañista la reprensión del veterano, y sin encogerse de hombros siquiera, salió del agua mudo y tranquilo como había entrado.

Ibase diciendo sin duda que el cauto marinero entendía de singular manera las obligaciones de su profesión: las cuales, en su concepto, no consistían tanto en exponer la vida propia cuanto en evitar semejante contingencia, apartando con tiempo al prójimo del más remoto riesgo. No imaginaba que iba a ser pasto de noveleros y desocupados, que horas después contarían las gentes que un señor forastero había estado a punto de ahogarse, y que al amor de tan socorrida fábula, y en los ánimos crédulos de muchos, crecería por el momento la nombradía siniestra del mar, de sus abismos y perfidias.

- II -

### **La Barrera.-Santa Clara.-El teatro**

Desde la playa al paseo, al paraje oficial donde las gentes en hora señalada se encuentran, se saludan, deletrean recíprocamente sus trajes y su historia, se reúnen, conversan, murmuran o divagan.



Llámanle «La barrera», tal vez por la que cerraba una puerta del cercano muro, y tiende sus anchas alamedas entre los escombros de éste y el convento de monjas clarisas.

A un extremo se levanta el moderno teatro; en el otro funda la villa robustos muelles que haciendo retroceder al mar dan lugar a fundaciones que extienden su área y desahogan la población; por eso el mar irritado azota la fábrica y escupe su espuma al curioso que se llega a contemplarla; sacude los sillares y los quebranta y mueve, mas no detiene la obra de la perseverancia humana, que doblando lentamente las hiladas, domina poco a poco el nivel de su contrario, y camina a concentrar tal peso, a levantar tal mole que nunca sobre ellos prevalezcan las más recias tempestades.

De la muralla sólo queda una línea de escombros que señala el recinto. El convento, reedificado como todos los de su orden en el país, probablemente en el siglo XVII, muestra pobre y severa arquitectura, sin otra gala que su extensión considerable. Le hace melancólica compañía una palma nacida junto a uno de los estribos de la iglesia; árbol de otros climas, lozano, sin embargo, como si el calor del santuario hubiese reemplazado en su existencia al sol ardiente de la región nativa.

No hay árbol que despierte con mayor viveza que una palma la memoria de los paisajes a que da expresiva y propia fisonomía. Mística imagen para el cristiano del misterioso Oriente, a cuyo pie brota el raudal purísimo de las tradiciones bíblicas, que ha apagado la sed ardorosa de tantos tristes y cansados, es para el español memoria viva de su árabe, Andalucía; de esa tierra con tanta sangre española redimida, arrancada a las manos del hijo del Agar, mas no a su genio, ni a sus recuerdos, ni a su poesía, que laten y palpitan en su atmósfera abrasada, como laten las brisas del Guadalquivir en las hojas agudas del árbol que siente y ama, providencia, sustento y abrigo del peregrino en el desierto.

La palma de Castro parece una cautiva que en manos de sus enemigos dejó la hueste mora en su funesta acometida a la indomable tierra del Septentrión. El roble cántabro, su vencedor y dueño, la contempla absorto desde el vecino monte, suelo natal suyo, donde permanece recogido y pronto a nuevas batallas. Dejó compasivo a su gallarda y delicada prisionera el amparo y la libertad, suficiente a una doncella, del poblado, y ella, testigo acaso de sangrientos desmanes, acogiese de los brazos que pelean a los brazos que oran, solitaria virgen, buscando el amor y la compañía de vírgenes solitarias. Y hoy permanece velando leal, símbolo de pureza y de constancia, sobre el que acaso fué campo de eterno descanso donde yacen sus compañeras, sus hermanas.

Las crónicas franciscanas cuentan con interesantes pormenores la fundación primera de este convento.

La profesión azarosa del comercio marítimo, ejercitada en costas procelosas y mal conocidas, juntaba en Castro porción de huérfanas y viudas, que habían comprado con temprano luto un bienestar desahogado, o quizás la riqueza.

Ignorancia en piadosa idea con hijas y esposas que, expuestas a igual desgracia, temblaban cada hora por la vida de padres y maridos, con más algunas doncellas deseosas de consagrarse a Dios.

Querían unas orar por sus difuntos, otras encomendar a Dios sus vivos; buscaban aquéllas consuelo en remotas esperanzas, alimentadas por la fe; éstas pedían esperanzas que calmasen la angustia presente, que alejasen el dolor supremo.

Juntas impetraron del papa Juan XXII licencia para establecer un monasterio. Fué les concedida año de 1322, y mediaba ya la fábrica emprendida con religioso celo, cuando un incendio furioso, que devoró gran parte de la villa, redujo la fábrica a cenizas. Seis años después, en 1328, el mismo Pontífice renovaba su concesión apostólica, y las piadosas hembras, auxiliadas ahora con dones públicos de la villa, y particulares de sus convecinos, llevaban a término la construcción y abrían su claustro a las clarisas venidas de Castilla a establecer la nueva comunidad e instruir a sus novicias.

¡Qué sagrado cenobio habrá tenido origen de más copiosas y desconsoladas lágrimas! ¡Cuál habrá nacido de afectos más vivos, más sinceros, más ardientes y profundos! ¡De cuál otro podrá decirse con tanta verdad que tiene por cimientos pedazos de corazones amantes!

Las horas pasan ligeras cuando no está ocioso el ánimo. Ver un sitio, observar nuevas gentes, recordar la historia de una piedra, departir con amigos, entregarse un momento a la mística melancolía que la noche despierta, y es como la oración, que resume y corona las faenas del día, el angelus del alma solitaria, meditar en cosas pasadas y aspirar el ambiente de poesía que en su palabra derrama una inteligencia femenina elevada y culta, tal había sido el grato empleo de las mías.

Quedaba el lindo teatro henchido de espectadores; desdeñosas de la villa y huéspedas de la playa envueltas en cendal blanco, coronadas de flores, guarnecían palcos y patio, mientras en la cóncava altura del moderno paraíso se amontonaba el atezado pueblo del mar y de la brea; entretenidos todos por las peripecias de una zarzuela no mal representada y bien aplaudida, como si espectáculo tan caído en otras partes hallase espíritu que lo resucitara.

Tres autores de los más felices en este género popular, los poetas García Gutiérrez y Ayala y el músico Arrieta, han hecho diferentes veces largas estaciones en la villa, cuyo paisaje y horizonte marino no han sido acaso de todo punto extraños a la peculiar belleza de sus inspiraciones diversas.

Para cobrar horas adelante mi albergue seguía la luz de los faroles pintorescamente clavados en las ramas de los chopos del camino. Lucía el faro encendido sobre la torre del antiguo castillo, y lucía correspondiéndose con el de Algorta. El marino que corre la costa, va descubriendo a lo largo de ella un cordón de luminosos vigías, que le guían con mudo aviso copiado del que da el cielo con el centelleo de sus estrellas, lazo que te ata a la tierra, mirada que le acompaña y sigue, serena su ánimo y le preserva de mortales congojas,

repitiendo con su variedad infinita de eclipses y destellos, de color y viveza, que a la vera del proceloso camino vela inquieta y constante la caridad de sus hermanos.

- III -

**El millar**

A la mañana, atraído por el rumor y la frescura de las arboledas hacia el cauce de Brazo-mar, a pocos pasos de la quinta, encontraba un millar romano levantado sobre un pedestal moderno, en cuyo neto se lee restablecida la inscripción del antiguo monumento.

Dice así:

NERO CLAVDIVS DIVI  
CLAVDI F CÆSAR AVG  
GER PONT MAX TRIB  
POTESTATE VIII  
IMP IX COS IIII  
A PISORACA M  
CLXXX

Fué, pues, erigido a distancia de 180 millas de Pisuerga, y en el año noveno de su imperio, por el César Augusto y Pontífice Máximo, Claudio Nerón, Germánico, hijo del divino Claudio, después de haber ejercido ocho veces la potestad tribunicia y cuatro la consular.

Aquel fuste, de asperón rojo, surcado por las lluvias, roído por el tiempo, conserva un aspecto singular de solidez y fuerza que conserva cuanto salió de las manos del pueblo rey. Los años, aun cuando lamen y gastan la piedra, no pueden borrar completamente las letras tan hondamente grabadas en ella, como lo está la huella romana en las generaciones herederas y sucesoras suyas.

¿Dónde estuvo el millar cuando señalaba distancias a caminantes del siglo primero de la Era Cristiana? Medía un camino que los emperadores romanos tendieron sobre la raya cántabra como cadena destinada a ceñir y sujetar los lomos de una fiera indomable, cuyo irritado resuello amedrenta a su opresor y dueño, y cuyos estremecimientos le sobresaltan. Por él cruzaban los soldados de las cohortes destinadas, no a ocupar la tierra de los cántabros, sino a impedir que, levantado por un nuevo arranque de independencia aquel pueblo terrible, invadiendo los comarcas y despertándolos a la pelea, suscitasen nueva guerra al imperio, tan difícil y desastrosa como la terminada por Augusto. Asombrado su ánimo con las relaciones oídas, en la ciudad o en el campamento, el recluta romano tendía recelosas miradas a aquellas asperezas

que al ocaso descubría, y del pie de ese cipo, la mano curtida del veterano le señalaba en los altos de una marcha las cumbres fuentes de ríos, solares de pueblos, cuyos salvajes nombres no cabían dentro de las cultas inflexiones del habla latina, como no cupieron bajo el yugo Cesáreo los hombres que los usaron.

Bajaba la vía desde las márgenes del Pisuerga a las del Océano, y cerraba por Oriente el anillo en que cogía la indomable tierra Roma, señora del mar, apostada sobre los páramos de Castilla, y segura de los asturianos, enervados por su codicia, despierta al golpe del legión minero. Subsisten sus hitos terminalas en Castro y en Herrera, mas desaparecieron los intermedios, los que pudieran ayudarnos al cabo de siglos a plantear de nuevo el curso y desarrollo de la estratégica vía.

Maestra en las artes de ocupación y de conquista, la terrible invasora sabía que después de quebrantada por el valor militar la virgen energía del salvaje, su fiereza se amansa a vista de otro modo de vivir más concertado y con la experiencia de sus beneficios; aislado el cántabro, fiaba su reducción completa a la acción de la corriente civilizadora establecida por trajineros, caminantes y soldados a lo largo de la nueva arteria.

Pocos años después daban los Flavios nombre a una colonia establecida a inmediación de aquella carretera, y un siglo más adelante restablecía sus murallas, o las levantaba de raíz Castro, que acaso no es otra que la misma Flaviobriga.

Los que esto creen, alegan en su apoyo otros datos fuera del millar de Nerón. Con él se descubrieron y en un mismo paraje, en Otáñez, cerca de Castro, sobre el camino de Castilla, piedras e inscripciones; de ellas un millar labrado, en el cual no llegaron a esculpirse las acostumbradas letras, porque quizás las gentes que en la obra se ocupaban, hubieron de abandonar la tierra sin poner remate a su civilizador trabajo.

No lejos de aquellos sitios habla sido hallada una alhaja de labor singular, un plato argentino de forma circular, esculpido en relieve, supuesto voto o memoria de algún enfermo al manantial de aguas que le dieron medicina y remedio. Así lo describe en sus memorias la Academia de la Historia: «En la parte superior se ve una ninfa, que vierte de una urna el agua que cae por entre peñas. Un joven coge de ella para llenar una vasija; otro la da con un vaso a un enfermo; otro está llenando una cuba colocada en un carro de cuatro ruedas, a que están uncidas dos mulas. A los dos lados de la fuente hay dos aras en que se ofrecen libaciones y sacrificios, y en el contorno la inscripción: SALVS VMERITANA».

El hábil orfebre, queriendo acaso indicar la fisonomía y vegetación del terreno donde el celebrado manantial brotaba, dibujó a uno y otro lado de la personificada fuente dos troncos con hojas de castaño. El indicio convendría a la comarca donde sucedió el hallazgo; pero ¿cuál de los varios lugares de ella donde corren salutíferas aguas, da cabida en su etimología a la raíz umeritana?

¿Y quién sabe si en el lugar donde fué el plato hallado le depositaron manos precavidas o manos criminales? ¿Quién sabe si allí quedó enterrado en la confusión y sangre de militar sorpresa?

- IV -

### La Iglesia

No sé de qué enemigos recelaban, qué acometidas de herejes o paganos temían los fundadores de Santa María de Castro, para erigir su templo en el centro de una fortaleza, sobre un áspero escollo, cuya entrada cerraron con muro y cava. Sin duda eran en su tiempo frescas memorias las de aquellas correrías que la intrépida marina de los árabes andaluces había dilatado por las costas lusitanas y gallegas, hasta los confines marítimos de Asturias y tierra de Santillana, como la Historia compostelana refiere en el año 1115 de Jesucristo.

Probablemente le dieron asiento en el de otro santuario, en suelo ya santificado, y acaso en este uso antiguo de fortalecer la casa de Dios y almenar sus cercas no era todo desconfianza o marciales exigencias, sino propósito de ensalzarla rodeándola de atributos de poder, majestad y soberanía.

Quiere la tradición que dentro de este recinto murado y a par del rey del cielo, tuvieran palacio los reyes de la tierra. Autorizase de las reliquias viejas que aun subsisten; dice que Alfonso el Sabio le habitó en ocasiones, que en sus aposentos se ordenó el trabajo de alguna de las Siete Partidas, y hasta señala una angosta y misteriosa puerta, ya tapiada, por donde aquel príncipe glorioso, asombro de su era, afligido en medio de sus prosperidades y merecimientos por la aguda pena de la rebelión y desobediencia de su hijo Don Sancho, pasó alguna vez y se recogió a sagrado, fugitivo si no del hierro, de la insolencia de conjurados y descontentos.

¿Sería a vista de este lijar proceloso de Cantabria, donde soltando el freno del cortesano disimulo, ahogada en llanto el alma del rey poeta de Las Querellas, gritaba doliente con fabla mortal?

Pocos pasos necesitaba andar para poner su trémula mano en los cerrojos ungidos. Frente al dintel por donde salía, levanta los suyos la puerta principal del templo, la que los arquitectos de la Edad Media solían llamar puerta del Perdón, y era ahora para el Monarca puerta del Refugio. Es, al parecer, de lo más añejo del edificio, pertenece al estilo de transición con que el arte salla del siglo XII y de la tradición románica, para entrar en el siglo XIII y en el brioso desenvolvimiento del gusto ojival. La ojiva apunta en su abocinado ingreso, cuyas arquivoltas concéntricas descansan en columnas de fuste corto, capitel

historiado con figuras de animales y basas unidas sobre un plinto igual, alto y corrido.

Pero la edificación fué lenta, y años no pocos y generaciones pasaron desde que los fieles entraron a orar por estos primeros umbrales a Santa María, hasta que vieron cerrarse las bóvedas, y acudieron al clamor de las campanas volteadas dentro del alto cuerpo de su cuadrada torre. Porque el calado pretil que rodea la cornisa, la crestería de los remates que recortan sobre el cielo la seca línea del tejado, la airosa torre, acardenalada a ocaso por el azote permanente de la lluvia y el vendaval, enrojecida a Oriente por el vívido sol de cada mañana, maltratados frente y pecho por las balas que mellaron sus sillares, quebraron sus perfiles y borraron sus limpias aristas, pertenecen a tiempos más adelantados.

Bien andaría la cronología castellana entre los fines del siglo XIV y comienzos del XV y por los reyes de la dinastía de Trastámara, cuando terminó la obra. No era rica la comarca, ni sus magnates y corporaciones poseyeron nunca caudal bastante para emprender suntuosas edificaciones. Opulentos eran los príncipes y prelados de León y de Castilla, y sus fundaciones atestiguan las largas treguas que discordias y escaseces imponían el trabajo útil y pacífico, pero dispendioso, del escultor y el arquitecto; eran tiempos de grandes necesidades públicas; éranlo también de fe, y la fe inducía a menudo a comenzar empresas sin la cabal posesión de medios para terminarlas, y fiando siempre en lo eventual y probable.

Por eso se ayudaban y convenían para sus devotos fines todos los estados y jerarquías sociales, el clérigo y el burgués, el mercader y el artesano; los populares pedían de sus rentas al obispo, el obispo sus limosnas al pueblo; quien no podía aprontar maravedises, prestaba su persona para el trabajo corporal, y esta limosna del bracero, la más alta y sublime que la caridad inspira, engrandeciéndole a los propios y ajenos ojos, era pagada en gracias espirituales, indulgencias y sufragios que Roma a veces, a veces el diocesano, publicaba y concedía a la fábrica y a sus partícipes gratuitos.

Conciertos parecidos solían hacer reyes y concejos, y por tal camino participó quizás en la fundación de la iglesia de Castro el santo rey Fernando, a quien la voz común atribuye la restauración y auge de las iglesias de Cantabria; y apoyan esa voz en algún modo ciertas partes de su arquitectura, la semejanza en traza y no pocos detalles, y la advocación común a Nuestra Señora del Tránsito, que liga a las tres iglesias de Castro, de Laredo y de Santander.

La que ahora visitamos tiene tres naves, sostenidas por columnas arrimadas a un pilarón poligonal; la planta de los sillares que forman el fuste de la columna es ésta: dos tercios forman el cilindro de la columna; el restante entra con talla diversa a hacer el macizo del pilarón central, cuya superficie asoma desahogadamente entre fuste y fuste; en los capiteles triunfa la hoja de yedra, colosal en proporción, pero fielmente copiada de la naturaleza en los detalles; las ojivas son anchas, y su arco, formado por cuatro boceles, con filetes

interpuestos y un aristón achaflanado que adelgaza el perfil de la ojiva, aumenta su luz y realza su elegancia. Una gala tiene que no tienen sus compañeras: galerías fingidas en los machones de la nave mayor, que la visten y aligeran con sus columnas empotradas y trilóbeas ojivas.

El arqueólogo, a luz de su criterio, examinando cada detalle, define su procedencia, señala la era de su advenimiento a la vida del arte, el porqué de su empleo en la construcción, el oficio que desempeña en el monumento; pero el arqueólogo lleva consigo el auxilio de su idioma y el archivo de su erudición, que le ayudan a establecer su opinión y a comunicarla con recíproco deleite a sus lectores.

Careciendo de ambas armas el curioso al pretender describir una construcción cualquiera, sólo consigue amontonar inarmónicas y extrañas voces que, aparte de no realizar su fin, lastiman el oído y ahuyentan el interés. La forma ojival tiene, sin embargo, tan cumplida elegancia, se asocia tan manifiestamente a nuestros instintos y tradicionales inclinaciones, que pocos detalles bastan a la imaginación para pintarse el edificio, comprender su armonía, la paz de sus ámbitos, y sentir la religiosa unción del templo, el áspero ceño de la fortaleza.

En la nave de la derecha, donde arranca la vuelta del ábside, se encuentra un arcosolio, adornado de tosca crestería; sobre la urna, en vez de estatua yacente, una plancha de bronce grabada muestra una figura de hombre en edad madura, largos barba y cabello, unidas ambas manos sobre el pecho en acto de orar, vestido de túnica y manto ricamente orlados, calzado de borceguí puntiagudo, sobre una figura de león y otra de hombre salvaje y velludo, que empuña un tronco.

Enciérrasela figura dentro de un gracioso cuerpo de arquitectura ojival, con varias figuras de apóstoles, que alternan con un blasón repetido y de atribución confusa, dominadas por la de un anciano con un niño en el regazo, puesta en el tímpano de la ojiva; alrededor, en hermosas letras de la llamada gótica del siglo XIV, esta inscripción: « Aquí yace Martín Ferrández de las Cortinas, que finó el primer día de Marzo; era de 1409 años. Aquí yace Catalina López, su mujer; finó a ocho días de Mayo: era de 1411 años. Aquí yacen sus hijos Lope Ferrández, Johan Ferrández, Diego Ferrández, a quien Dios perdone.»

De la consideración social del sujeto dan testimonio el lugar y la forma de su sepultura; de sus virtudes personales los símbolos agrupados a sus pies. Solía ser en memorias sepulcrales la figura del anciano con un niño en brazos representación mística del tránsito del alma cristiana y de su acogida en la mansión pacífica, en el seno de Abraham: así como el león representaba la vigilancia perenne, y el salvaje humillado bajo la planta humana, las pasiones carnales vencidas y sujetas; el dibujo es puro, la composición armoniosa y rica, y la plancha pudiera ser obra de artista alemán o flamenco, en cuyos países usaban y era mayor el progreso de las artes.

Adoptaron los señores castellanos estas laudas metálicas para sus sepulturas; Haro trae en su Nobiliario las que posela la familia de Pacheco (marqueses de Villena), en su célebre monasterio del Parral de Segovia, fundación de Enrique IV, príncipe; describe alguno de sus dibujos y copia sus inscripciones(10), y debieron ser de uso frecuente en el siglo XVI, cuando Cervantes hace decir en una de sus comedias a Pedro de Urdemalas, hablando de un alma en purgatorio:

Vila en una sepultura  
cubierta con una plancha  
de bronce, que es cosa dura.

Poníanse sobre el pavimento de las iglesias, lo cual hace dudar que la plancha de Castro ocupe el lugar para que fué destinada, y que el enterramiento que cubre corresponda a la inscripción.

Podemos salir de la iglesia por otra puerta que mira al Este, puerta moderna, de fábrica lujosa, gusto dórico, columnas exentas y finos materiales; arco que dedica la misma iglesia a los evangélicos vencedores que, partiendo de su modesto coro, subieron a las más altas sillas de la eclesiástica jerarquía: entre los escudos y títulos de uno y otro reverendo prelado, deletrea allí el curioso los del insigne cardenal Lorenzana, que tan gloriosamente perpetuó en la metropolitana de Toledo, primada de las Españas, la tradición de los magnánimos Tenorios y Taveras.

Por este lado los muros viejos, modernos y restaurados, se atropellan y amontonan como en fortaleza batida y desmantelada por enemiga batería; una rampa lleva al faro, otra guía al castillo, otra al fantástico puente que pinta Castro en sus armas, tendido de peñón a peñón, bajo del cual se revuelcan pavorosamente las olas. La ermita, puesta sobre el alto escollo de Santa Ana, ya no es lugar santo, sino miradero, desde el cual la vista se esparce sobre la villa y su ensenada, sobre el mar y la costa. Aquí vendremos pronto a esperar la vuelta de las solas pacíficas escuadras que arma la villa contra la plateada sardina y el voraz bonito.

A espaldas de la iglesia, por cima de las tapias del cementerio, asoma el obelisco de un monumento erigido a la memoria del ardiente publicista Luis Artiñano por sus amigos y compatriotas. Temprana fué su muerte, prematuro el término de su carrera, consagrada toda a estudios fecundos, a empresas generosas. No tuvo espacio para ver los frutos de su abnegación y su entusiasmo, y gozarse en ellos; pero ¿no ha vivido bastante el hombre que logra no ser olvidado al siguiente día de expirar, y deja entre sus semejantes quienes cuiden de su gloria futura y de su recuerdo! ¿Es otra cosa la gloria que ser nombrado por los vivos, cuando ya no existe quien nos llore muertos? Quien mereció sepulcro a su patria, ése ha conseguido el precio más alto que puede tener la vida.



## V

**La marea.- La hermandad de las villas**

Poníase ya el sol, y las velas que parecían esparcidas por el horizonte, se acercaban unas a otras llegándose a la costa. Desde el peñón de Santa Ana se las veía desfilar, saltando sobre las olas, y arriando su aparejo viraban para penetrar en la angosta gola que entre sí dejan los muelles de la dársena. Y lentas y silenciosas, como animadas de oculto espíritu, acostumbrado a la obediencia y disciplina, arribábase las lanchas en ordenada hilera, la proa a tierra, descansando del trabajo de la mar, sobre las aguas serenadas y tranquilas del puerto.

Aprestábase a desembarcar los marineros: unos aferraban las velas, cargaban otros con los remos, y otros se repartían las cestas de los aparejos, los tabardos embreados, en tanto que mozos, mujeres y chicos acudían a la descarga de la marea. Llamen marea los pescadores de Castro a la pesca de un día, al resultado de una jornada, a la riqueza que la escuadrilla del gremio mareante arranca a los senos del Océano, entre su partida y su arribada, desde el oriente al ocaso de cada sol.

Pronto cubrió la rampa, apilado en montones, tantos como lanchas, el copioso botín de los marineros. Había entre aquellos peces algunos tan corpulentos, que a duras penas los arrastraba un hombre membrudo. Traíanlos agarrados por el angosto engarce de la cola, barriendo las piedras con el agudo hocico, y pintando en ellas una estela roja.

Aparecían las hacinas de cadáveres erizadas de aletas curvas y afiladas como gumías árabes; en su base serpeaban hilos de agua y sangre que, siguiendo la inclinación del suelo, corrían hacia el mar o se perdían en las anchas juntas de los sillares; y los cuerpos, tendidos, despidiendo a la luz crepuscular acerados reflejos de su tersa piel, mostraban no sé qué apariencia de vida en el iris de topacio de sus ojos redondos y fijos, y en las abiertas agallas, prontas a recobrar el acompasado vaivén de su respiración.

Nos dijeron que era interesante asistir a la subasta y distribución de la marea, y tomamos camino para verlo.

Yo suponía que el cabildo había de tener asiento en una casa vieja, semejante a las que en otras partes he visto, de las cuales aún no ha muchos años Santander conservaba alguna, con puerta y ventanas ojivas, torres transformadas en viviendas a favor de un tejado sobre el almenaje, y una escalera exterior agarrada a la escabrosa mampostería, como tronco muerto de una yedra centenaria; mas cuando en la calle adonde nos habían encaminado

preguntamos a las mujeres, nos indicaron un edificio de fachada reciente y buen aspecto, decorado con molduras de yeso.

En cambio, el aposento interior, cuando se hubieron reunido en él las gentes de la subasta y dado comienzo al acto, ofrecía un cuadro de Rembrandt. Sentáronse el alcalde y prohombres de la corporación delante de una mesa, en una especie de tribunal levantado sobre gradas al extremo de la sala; cerca de ellos se agruparon algunos señores y curiosos de los estacionales visitantes de la villa; a lo largo de las paredes ocuparon asientos numerados, parecidos a los de un coro de iglesia, cuantos pensaban participar de la contienda y hacer postura; y allá en el fondo, entre la puerta y una cancela que partía el sitio, con balaustres de madera, se encontraba el pueblo. Algunas bujías sobre la mesa del tribunal, o colgadas del techo, alumbraban la escena; una tinta gris, opaca, bañaba el recinto, resultado del macilento color del revoque, del natural de la madera desnuda y del humo ambiente de pipa y tabaco; más diáfana en las inmediaciones de la luz, más oscura en los extremos, donde brillaba a intervalos el ascua de un cigarro avivada por los labios que lo saboreaban.

Pocas palabras hablaron entre sí los que presidían el acto; el principal de ellos, el que se sentaba en medio, no pronunció una sola; era un hombre maduro, seco, de rostro curtido, apretada boca, nariz aguileña y ojos amparados de pobladas cejas; rapadas las barbas, conservaba los arranques de ellas entre ojo y oreja, suficientes para mostrar lo cerrado y negro del varonil adorno: busto de granito, semblante sereno, que si el fuego interno de las ideas anima y dilata pocas veces, tampoco palidece y se contrae al amago de riesgos exteriores. ¡Cuántos vendavales han azotado su piel curtida! ¡Cuántos rociones del mar ha secado el sol sobre ella!

Leyéronse en voz alta los nombres de los buques y de sus patrones, y la cifra de la carga de cada uno de ellos; levantóse a la izquierda del presidente otro marinero de parecido tipo, más desaliñado en traje y persona; asemejábanse en los sombreros echados atrás, como para dejar fresca a la frente y al pensamiento amplia libertad y desahogo, y en el rollo de tabaco, apurado casi, pero encendido todavía, que uno y otro revolvían entre dientes; se diferenciaban en las facciones acusadoras de mayor severidad y entereza en el alcalde; las de su subalterno, con una condición más blanda y flexible, anunciaban en la jerarquía moral una distancia entre ambos sujetos, equivalente a la que los distinguía en el orden social.

Delante de la mesa, en medio de la grada, se levantaba hasta la cinta de un hombre una urna prismática, cuya base superior parecía partida en divisiones convergentes, e inclinadas hacia su centro; el mecanismo de esta máquina extraña se reveló luego.

Cantó el alguacil con voz hueca y perezosa: «¡cuarenta!» y el ruido se apagó suavemente en un silencio general; gritó luego- «¡treinta y nueve!» y tuvo igual resultado; y así, sustrayendo unidades, corrió la numeración descendente hasta

gritar: «¡treinta y seis!», a cuya voz respondió súbitamente un ruido extraño, y una bola blanca saltando sobre la base de la mesa rodó al centro.

Tomó la bola el centinela de la urna, y leyó un número impreso en ella; todos se volvieron hacia la silla señalada con el mismo número, y el que la ocupaba, cuyo nombre pronunciaron varias voces y él mismo, añadió: «¡veinticuatro!» Esta cifra indicaba los quintales de pescado que tomaba para sí el rematante, y la gritada por el alguacil el precio que a la marea ponía el tribunal. Cesó pronto el murmullo excitado por aquel primer lance, apuntáronse los números, y la subasta continuó por tan ordenada y sencilla manera, terminando en poco tiempo.

Sencilla es asimismo la explicación de la invisible máquina. Por bajo del entarimado que cubre el suelo, corren sistemas de palancas aislados, cada uno de los cuales remata por un extremo en una de las sillas arrimadas a la pared, por donde el que la ocupa dispone del movimiento del sistema; el otro extremo va a empujar dentro de la urna un tope vertical sobre que descansa la bola numerada.

Aquella Asamblea popular, ordenada y pacífica, aquel comicio donde con fecunda medida se agitaban intereses del común e intereses de los particulares, sin torcidos propósitos ni recíprocos celos, sin violencias de lenguaje, indicio de personal sentimiento, sin destemplanzas de voz, señal de interno desorden del espíritu, contagioso desorden las más veces, recordaban otros tiempos, otras costumbres, otras necesidades, a cuya previsión y remedio acudían nuestros costeños, cuando emancipados de sus reyes castellanos u olvidados por éstos, organizados en potencia marítima, pequeña pero animosa, proveían por sí a la independencia de sus aguas, al libre rumbo de sus naves, al desahogo y extensión de su tráfico.

Era Castro-Urdiales centro de la confederación que abarcaba los puertos y villas desde Santander hasta Fuenterrabía; en ella entraban Laredo, Bermeo, Guetaria, San Sebastián con Vitoria, que aunque internada y no marinera se asociaba a los que podían franquearla fronteras menos cerradas que las que por todas partes la envolvían. En Castro se celebraban las juntas, se discutían los pactos, se custodiaba el archivo y se guardaba el sello de la hermandad, signo de su poder, sanción de sus acuerdos, fe que legitimaba sus providencias y las hacía aceptables, obligatorias y cumplideras para todo vecino de cada uno de los ocho concejos asociados. Este emblema de autoridad y soberanía tenía diputados para su conservación tres hombres buenos de la villa, que en 1236 eran los llamados don Pascual Ochanarren, don Bernalt, el joven (hidalgos), y Lope Pérez, el joven.

En el citado año, y a 4 de Mayo, se pactó la confederación y alianza de los dicho concejos, extendiéndose su carta de hermandad, que aún se conserva.

La férrea, disciplina que establecía, condenando a pena capital a contraventores y desobedientes, a cuantos validos de extraño fuero pretendieran alzarse contra lo prescrito en la carta común, a cuantos movidos

de codicia personal no curasen de las limitaciones impuestas a la navegación y al comercio, en beneficio de todos, negándoles a éstos toda forma de proceso todo derecho de asilo, salvo el del aposento real, fué sin duda fundamento y principio de tan sólida constitución, que robustecida la hermandad y creciendo en bríos, llegó a hombrearse con los soberanos. Así en el año de gracia de 1351, envía a Londres sus mensajeros y procuradores Juan López de Salcedo, Diego Sánchez de Lupar y Martín Pérez de Golindan, los cuales derechamente y de poder a poder conciertan con el rey Eduardo III de Inglaterra un tratado de paz y comercio valedero para veinte años, y lo firman y sellan a 1º de Agosto monarca y diputados.

Este es el acto culminante de soberanía ejercido por las gentes marítimas de Castilla y de Vizcaya. Antes y después, celebran convenios, pactan treguas con sus eternos enemigos y rivales los de la costa de Gascuña, territorio entonces de los ingleses: unas veces, como en 1306 y 1309, se ven en Westminster los diputados de la hermandad y los de Bayona, para entender en el recíproco desagravio y restitución de presas(16); otras, en 1353(17), se juntan en Fuenterrabía y acuerdan gobernarse según el más humano derecho de gentes, poniendo término a la vida de invasiones piráticas y marítimos asaltos que unos y otros llevaban. Castellanos y gascones, cuantos por ambas partes negocian, tienen comisión y título de sus respectivos soberanos, y en su nombre y bajo su amparo discuten y resuelven; mas en el tratado de Londres, la hermandad aparece ejerciendo por sí propia uno de los atributos característicos, el más levantado acaso de la potestad suprema, el de pacificación y tregua, el de sobreponerse a las iras y venganzas que arman el brazo del pueblo, de súbditos y gobernados, porque la suma considerable de fuerza que la común acepción concede al poder y le reconoce, más es para regir y enfrenar pasiones de sangre que para excitarlas y moverlas.

Esta independencia y soltura de los pueblos marítimos se explayaba y vivía merced a lo apocada y floja que andaba la autoridad de los reyes castellanos. Se afirma y establece durante la minoridad de Fernando IV (1296), y toca su apogeo y vigor sumo (1351) al inaugurar su reinado el tan desventurado como cruel Don Pedro. Alfonso XI, que sucedió entre ambos, hijo de Fernando, padre del justiciero, necesitaba de todos sus vasallos, grandes y pequeños, especialmente de los que supiesen armar una flota, regir un barco y marinear, para que le fuesen de auxilio en sus repetidas y arriesgadas empresas navales sobre el Guadalquivir y la costa de Andalucía, y si hacia sentir su cetro a sus villas de la costa septentrional, era para ganar su adhesión con mercedes, franqueándoles la industria pescadora, o, lo que más agradecen los pueblos, acudiendo en buena hora al remedio de sus calamidades. Pruébanlo con otros documentos tres cartas reales concedidas a Laredo, una para poder pescar y salar en todos los puertos de la marina de Castilla(18); otra para remediar la desgracia de un incendio acaecido en 1346, que destruyó la villa, eximiéndola

de tributos, servicios pedidos é yantar(19), y la tercera para librar a sus vecinos del diezmo del pescado que pescaran... nin de las ballenas que matasen.

Curioso fuera saber la cifra de naves, marineros y soldados en que la hermandad apoyaba sus pretensiones y su arrogante derecho. Hacia aquellos tiempos, en los confines de los siglos XIII y XIV, cada una de las villas de la costa servían al rey en guerra con una galera armada de sesenta remos, guarnecida de sesenta combatientes, y bien abastecida con espadas, dardos, lanzas y ballestas, armas todas que con el casco del buque quedaban por el rey, terminado el servicio de los hombres, que duraba tres meses, al cabo de los cuales eran libres y quitas las villas que los alistaran. De esta noticia sacarán los versados en estadística la proporción de naos, galeas, ballineros y leños de vario tonelaje con que los marinos cántabros corrían las costas y mares del norte, desafiando temporales, riñendo sangrientas peleas con el inglés, su constante enemigo, acometiendo hazañas que ahogadas con sus perpetradores en los abismos misteriosos del Océano y de la noche, sólo fueron visibles para aquel a cuya mirada no hay sombra densa ni confín inaccesible, y que las escribió y conserva en el inescrutable libro de sus justicias; acaso en el capítulo de las recompensas, acaso en el capítulo de los castigos.

### **De Castro a Laredo**

- I -

#### **Un zagal.-Los Templarios.-Paisajes**

Cruzando las huertas de Urdiales, pasando entre la mar y el monte de San Pelayo, que levanta sus labradas cimas y frondosas cañadas a la siniestra mano del viajero, sale de Castro, el camino a Santander, llano, suave, limpio de polvo, porque parece que el rocío de la mar lo mata, y empapa el aire y mantiene la tierra jugosa y fresca. Brioso el tiro y descansado arrastraba el coche con vigoroso empuje; animábale con la voz y la tralla el zagal, vestido de fiesta, y deseoso de llegar a la parada de Oriñón.

¿Qué le esperaba allí? casi era de sospechar, considerando lo cuidadoso de su atavío, su aplanchada camisa, abotonada con tarines isabelinos al cuello, el pañuelo nuevo de seda carmesí toledana, ajustado al cráneo como una venda simbólica, y sobre todo la alegría con que hacía la jornada. Seguían la carretera, en una y otra dirección, numerosos aldeanos y aldeanas; de ellas algunas con las trenzas sueltas sobre la espalda; de ellos muchos cubierta la cabeza de boina azul o roja, o el castor negro de alas blandas, traje de sus vecinos vascongados. Las mujeres se guardaban del sol con su chal plegado en cuadro, puesto sobre la cabeza, a manera del panno de las campesinas romanas; a otras sombreaba un ancho cesto cargado de fruta u hortaliza. El zagal requebraba a las que venían de frente, y restallaba la tralla a espaldas de las que seguían nuestro camino, haciéndolas vacilar bajo el peso de su carga.

Y al requiebro y al trallazo, requiebro también a su manera, contestaban las mozas con sonrisa, nunca con enojo, prueba de lo familiar que les era el diálogo.

Y tras dos juramentos y cuatro chasquidos del cáñamo y media docena de epítetos injuriosos a las bestias, se encaramaba a lo más alto del coche, y allí, serenado de su agitación se mondaba el pecho, y con más garganta que oído soltaba un cantar:

Viva el sol, viva la luna,  
viva quien sabe querer,  
viva quien pasa en el mundo  
penas por una mujer.

Muy lejos de allí, a deshora de cierta noche de invierno, hería mis ojos un mote grabado en la linterna de un coche: padecer para vivir. Recordóme la canción del zagal en que su autor, como todo héroe de pueblo primitivo, hacía pomposo aparato de sus méritos, aclamando como virtud lo que tal vez había sido necesidad o flaqueza; y era que la copla encerraba una idea generosa, celebraba martirios del corazón, y podía servir, bajo su forma desataviada y sencilla, de elocuente comentario al conciso y profundo mote. ¡Oh!, sí; padecer es vivir, no vivió quien no ha padecido; padecer es sentir, y sentir es el uso más generoso y noble que se hace de la vida: padecimiento es la pasión temprana, mal pagada o desconocida; padecimiento la ambición madura, insaciable e inquieta; padecimiento es la vida toda del alma, la del alma justa perpetuamente descontenta de sí misma, desconfiada de su eterno paradero, la del alma réproba agitada constantemente, recelosa del bien que envidia y a la par desea y aborrece. ¡Qué cierto es que el sentimiento no reconoce jerarquías! a igual compás latían los corazones del caballero que orlaba con el sentido mote las fajas de su escudo, y del poeta obscuro, inerudito, que nos legó cifrada en cuatro versos la historia acaso de una vida entera, sin premio ni compensación. Cantar y divisa corren pareja suerte, nacieron de dolor, contentaron una aspiración del alma, pasan por labios indiferentes, y van a arrullar algún pensamiento solitario, tristemente recogido en lo más obscuro de la conciencia.

Tierra de caballería es esta que visitamos, tierra de blasón, donde todavía las armas esculpidas del solar dicen algo a los ojos del campesino, que torna del monte con la antigua partesana al hombro trocada en dalle segador.

Sobre un peñasco de la montaña se cubren de follaje los muros de una gallarda torre, por cuyas dislocadas piedras trepa la cabra golosa a morder los renuevos de la parietaria; cuéntanse en los contornos y en voz baja misterios de su cárcel subterránea, cerrada ya por los escombros de las bóvedas derrumbadas sobre su boca. ¡Qué de tesoros dice que encerraba! y los encierra todavía, porque si algún codicioso tentó la prueba de llegarse a ellos, tuvo lastimoso e inmediato castigo. No podía tocarlos mano de hombre, porque hablan sido precio de sangre como los treinta dineros de Judas; y vedándolos a

la avaricia humana, el ciclo parecía ponerse de parte de los perseguidos contra sus perseguidores; no reconocía la razón del castigo, y lo que había sonado en la tierra como justicia, era a sus ojos, imposibles de ofuscar, odio y venganza. Pendón partido de blanco y negro, símbolo de paz al hermano, de muerte al infiel, ondeaba plantado en su almenaje; bandera del templario, del pobre conmitón de Cristo, que salía a la batalla vestido de tosco hierro, «más cuidadoso», dice San Bernardo, «de poner miedo, que avaricia en el ánimo de su enemigo». La pelea con ellos era cruel y sangrienta, ensañado el sarraceno con no esperar botín de ricas armas y preseas.

Y, sin embargo, eran opulentos, opulentos hasta cegar de envidia a príncipes y reyes, que hicieron su despojo condición de la paz y vida de sus estados cristianos; y como el despojo no era fácil por fuerza, uniéronle mañosamente a una sentencia capital; así también se quitaban de delante los testigos y víctimas de su rapacidad y celos; así también se curaban del miedo de sus latentes iras y meditadas venganzas. Pero acaso en más de un paraje, como en Castro, las piedras se derribaron sobre el oro e hicieron estéril la matanza, ocultándose a los envidiosos y verdugos.

Ayudaron nuestros templarios gallardamente a la reconquista, y es gloria de su Orden en Castilla haber salido limpia de toda abominación del proceso que la condenó a exterminio en todos los reinos cristianos; si tenían pecados de orgullo y prepotencia que expiar, la expiación fué dura y completa. Su historiador español Garibay los pinta, y es tristísima pintura, arrojados de sus conventos y encomiendas, expuestos a la insolencia de pecheros y villanos, acosados por campos y aldeas, mendigando asilo, escondiendo sus gloriosas divisas, despedidos de la hueste, negado a su desesperación el campo de batalla y la gloriosa tumba del soldado muerto por armas, necesitados de solicitar amparo del rey Fernando IV, para salvar su inerme y desconsolada vida. Al morir obscurecidos, pobres y odiados, purificados por el martirio, podían ofrecerse a Dios, repitiendo la letra escrita en sus estandartes, letra de los humildes y resignados: *Non nobis, domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*

A una vuelta del camino desaparece la torre de los Templarios: álzanse a un lado las verdes lomas de la montaña, encima de las cuales asoma su calva mole Picocerredo, gigante de piedra que presenta al mar su flanco tajado, erguido, quebrantado y rudo, mientras desciende ondeando muellemente hacia las sierras interiores, cubriendo su áspera dureza con risueñas capas de céspedes floridos. Al otro tiende su llanura azul, su horizonte infinito el Océano. Manso y sereno parecía dormir, y el vago rumor de la vecina rompiente ahogado casi entre los murmullos de la tierra y de la vida, semejava el lento resuello de su respiración tranquila. Las gaviotas silenciosas se cernían en el aire, moviendo a un lado y otro su cabeza inquieta, cuyos vivaces ojos negreaban sobre el blanco plumón.

Parte la carretera el pueblecito de Islares, deja a su derecha un verde islote, y torciendo rápidamente a la opuesta mano, penetra en la ría de Oriñón. La marejada escupe sobre el camino, el zagal moja en el agua la punta de su tralla, y cobra nuevo brio para castigar al ganado, nuevo aliento para correr y nueva voz para cantar; pero la canción de ahora suena, sin duda, al alcance de quien la inspira; acaso hay recelos de tibieza o temores de merecidos desdenes, acaso flota en el aire la nubecilla de alguna sospecha; para espantarla nada tan eficaz como querellarse de mala correspondencia, y la letra del cantar dice:

Debajo de un limón verde  
donde nace el agua fría,  
le di yo mi corazón ¡ay!  
a quien no le merecía.

Oriñón es un grupo de árboles y casas a lengua del agua y a faldas de un cerro. Báñale el sol cuando se acerca al meridiano; mañana y tarde yace en fresca sombra, derramada por los montes que hacen cauce a la ría, delicioso asilo de poesía y descanso, semejante a tantos otros esparcidos por el suelo de Cantabria; porque allí donde la vida es más penosa, más duro el trabajo, allí con su ley constante de justicia ofrece la Providencia mayor halago a los ojos, paz al alma y diversión al espíritu. El mar sin límite, la peña desnuda, el árbol frondoso, la vena de agua que salta y fluye limpia y sonora por dondequiera, la sierra fragosa, el monte cano, la breña cerrada, la hoz angosta, el valle abierto, la mies y la playa, el bosque y la pradería, otros tantos accidentes, que aislados o juntos, imprimen a la montaña su fisonomía, y la hacen tan amada de sus hijos, tan dulce a su recuerdo, tan luminosa su imagen, norte de tantas aspiraciones, consuelo de esperanzas perdidas, última ilusión de ternura que persevera en el alma cansada y envejecida.

A pocos pasos de la casa de parada, cruza el camino el río de Agüera sobre un puente de madera, trepa en zig-zags por la montaña, salva una cumbre, y vuelve a encontrarse en horizonte abierto.

- II -

### **El valle de Liendo. -A las Indias**

Faldeando la cuesta llega el viajero a dominar el valle de Liendo, separado del mar por el alto Candina. Liendo es un nido, nido de flores, abrigado y fresco, abierto al cielo como alma sencilla, sin doblez ni amaño. La torre de la iglesia en el centro, dos o tres grandes cipreses cerca de ella, algunas manchas de roble, algunos lugarcillos empenachados de humo, símbolo expresivo y